

# Educación sentimental

Salomé Cantillo Herrera

*Para Julieta*

Le he escuchado a varias personas que el día más feliz de su vida fue el de la primera comunión. Dejar que Dios se derritiera en la lengua; tragárselo. Tener a un hombre adentro, porque Dios es sobre todo un hombre muy viejo y muy grande. Ser, entonces, de la magnitud del Dios que se redujo al tamaño de uno para que uno fuera del tamaño de él. Pedirle a Dios un corazón nuevo para vivir amando, porque Dios, decían, era el amor, y las cosas existen porque alguien las ama. Aprender a amar las cosas para que existan y, después, las cosas amadas te vean dejar de existir; esa era la palabra de Dios.

Había leído que el día que Santa Teresa hizo sus votos cayó sobre la capilla una llovizna de nieve y el paisaje imitó el color de su alma. Santa Teresa salió descalza a caminar sobre la nieve y al pisarla seguro pensó que era una nube y que ya pronto estaría en el cielo. Deseé que en mi ciudad latinoamericana nevara mucho porque había recibido por primera vez a Dios, y desde ese día iba a vivir amando. Quería que saliera en las noticias que Medellín había colapsado por una misteriosa tormenta de nieve producida por el amor de una niña que crecía como Jesucristo en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres. Amar es siempre el acontecimiento; aun así, es tan silencioso el amor. Cuesta tanto probarlo, ponerlo en palabras. Así, se forma uno para hablarle al amor y para hablar del amor. Ama uno a las palabras que le hablan al otro y ama también a las palabras del otro que hacen crecer al amor. Porque el amor, como Dios, siempre es del tamaño que es.

El día que hice la primera comunión no nevó. Cuando llegué a casa hablé por primera vez con mi papá. Mi papá que era, como Dios, muy viejo y muy grande, que trabajaba en Estados Unidos para que yo pudiera vivir, con el que nunca había hablado porque llamarlo era muy caro —Dios, de todas formas, casi nunca contesta—. Le dije «Hola», y me respondió la voz del hombre que más iba a amar en el mundo: «¿Quiubo, hija? Habla con su papá». Después de eso ya no supe qué más decirle: asusta tanto el amor. Mi mamá, que estaba en la cocina partiendo una torta de tres pisos que mi papá había pagado, se sentó a mi lado, seguro para escuchar piadosa la voz del hombre que hacía años —los años que yo tenía— no escuchaba. Y la vi triste, humanamente triste. Es tan silencioso el amor.